Newton Compton Editores

© 2025, Silvia Madi
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-30-7
Código IBIC: FR
DL: B 11.125-2025

Composición:
Brioworkx

Diseño de interiores:
David Pablo

Impreso en noviembre de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Silvia Madi

Un desastre navideño llamado amor



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

Para las personas a las que les hicieron creer que nunca encajarían,
ya fuera por su físico, su procedencia o su forma de sentir.
Rompamos el molde.

Y a mi madre y mi marido,
porque, sin vuestro apoyo, escribir sería inmensamente más difícil.
Y muchas cosas más también

Prólogo
Ivette

Noviembre
Mallorca, España

Los años te enseñan que la Navidad tiene poco que ver con tomar café especiado en el Starbucks de una gran e iluminada ciudad, comprar regalos inflados de precio y escuchar villancicos desde el 1 de noviembre. En esta línea, aprendes también cómo las personas con aparente personalidad de Grinch pueden transmitir más el espíritu estas fechas que quienes aseguran que vivirían en Laponia.

Mi abuela Adelaide era del primer grupo. Pertenecía al verano, al sol, a la brisa marina, a la sal en la piel, a la limonada fresca. Le costaba horrores cambiarlo por la nieve, la oscuridad de las seis de la tarde, el calor de la chimenea y el chocolate caliente.

Aun así, lograba que todo el mundo a su alrededor disfrutara de la época más mágica del año sin despeinarse, como si fuera fácil.

Cuando mi hermana Dúnia y yo estábamos con ella, algo habitual –era quien se ocupaba de nosotras cuando mis padres no estaban–, y más en esas fechas, horneábamos nuestras galletas de mantequilla con canela, veíamos una película navideña tras otra y nos llevaba a todos los mercadillos festivos artesanales en su destartalado Ford Ka.

Quizá por eso yo soy un elfo de la Navidad. Tal vez por ella sería capaz de evangelizar al mundo sobre vivir a base de langostinos cocidos, exagerar las ingestas de turrones, llorar desconsoladamente viendo anuncios de lotería y

cantar villancicos a decibelios que rozan el límite de la contaminación acústica. Creo que, si hiciéramos una regla de tres, daría como resultado que yo soy a estas fiestas como Taylor Swift a hacer canciones sobre desengaños amorosos: una reina. En mi caso, con corona de acebo, lucecitas de colores y muchos millones menos en el banco.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte me resultan incómodas. La situación en casa ahora es delicada; para que te hagas una idea, es como un diente de león enfrentándose a un tornado. Yo soy el diente de león. Y podría contarte por qué, pero casi prefiero explicarte por quiénes: don Alfons Rocabertí, doña Otilia Schneider y doña Dúnia Rocabertí Schneider. Mis padres y mi hermana.

Llegados a este punto, cualquiera se preguntaría si lo mejor de la Navidad no es pasarla en familia. Y, de hecho, antes de que mi abuela se marchara de vuelta a su pueblo natal en Alemania, hace unos años, puedo prometer y prometo que fui una de las niñas más felices sobre la faz de la Tierra. Estoy segura de que Dúnia también lo era. Al menos, lo parecía mientras buscaba conmigo qué nueva trastada había hecho el elfo travieso ese día, o cuando nos poníamos la alarma a las seis en punto para madrugar la mañana del 25 de diciembre y no perdernos ni un segundo de felicidad por estar durmiendo. Estábamos unidas y la Navidad era mágica, ¿cómo no íbamos a ser felices? Y eso que mis padres casi no pasaban por casa porque siempre tenían algo más importante que hacer.

Con el tiempo comprendí que tal vez esa ausencia tenía algo que ver en nuestra felicidad...

¡Ay, Dios! Estoy adelantando muchísima información y aún ni siquiera me he presentado. Qué poca vergüenza. Voy:

Me llamo Ivette. Ivette Rocabertí Schneider. Por cierto, se pronuncia «Ivet», no «Y vete». Acostumbro a contar esto porque, de ser posible, preferiría evitar la broma de

la rima de Albacete. Tras veintisiete años de vida la tengo ya un poquitín quemada, y estoy segura de que los albaceteños también. Dicho esto, continuemos. Nací y vivo en Mallorca, en una masía a la que le sobran metros cuadrados y silencio. Excepto cuando se trata de opinar sobre «mi salud».

Me llamo Ivette.

Y estoy gorda.

Algo inadmisible a ojos de mi madre, que asocia el éxito a una talla treinta y ocho y un mínimo de diez centímetros de tacón; y de mi padre, su mayor consentidor y un hombre al que solo le gustan las mujeres con el pelo oxigenado –sí, he dicho «mujeres», en plural. No, no me he equivocado. Sé libre de sacar tus propias conclusiones–. Tampoco ayuda tener una hermana gemela que ha decidido dedicarse al mundo del modelaje, y no es que ella tenga ninguna culpa de que su complexión y la mía se parezcan como un huevo a una castaña, pero a ojos de mis padres soy su versión barata. Menos alta, menos delgada y con menos talento para arreglarme, lo que ante ellos me convierte automáticamente en una perdedora, como comentaba. Tampoco olvidemos que, mientras ella estudiaba Administración y Dirección de Empresas en una universidad privada y debutaba en el mundo de la lencería, yo estudiaba Periodismo *online* y reseñaba novelas románticas en *bookstagram*.

Para entonces ya quedaba poco de las galletas de mantequilla y las mañanas buscando al elfo juntas.

Pero mi hermana, aunque se haya convertido en una superficial a la que solo le importa su número de seguidores en redes sociales –donde, por cierto, no me sigue–, tampoco tiene la culpa de ser la representación de un canon de belleza que huele a Paleozoico, la culpa la tienen los casposos que siguen pensando que esos cánones nos definen y colocan en un lugar concreto de la sociedad, pero ni ella

ni ninguna mujer debería sentirse mal por sus medidas. Yo, por ejemplo, no debería sentirme mal por estar enmarcada en las medidas que le gustaban a Botero. Botero me parece un gran artista.

Mi abuela, que tampoco entraba en una talla treinta y ocho, nos dedicó discursos de empoderamiento y amor propio durante años a las dos para que nos amáramos, fuera cual fuera la imagen que nos devolviera el espejo y la opinión ajena. La de mis padres, por ejemplo. Y mientras continuó viniendo a Mallorca por Navidad, ellos se mantuvieron callados; sobre todo, porque Adelaide Schneider no permitía el más mínimo comentario sobre el físico de sus nietas, por motivos evidentes que podrían resumirse en las palabras «salud» y «mental». Pero cada vez estaba más mayor, y lo que un día fueron vuelos y bienvenidas en aeropuertos, se fueron convirtiendo en videollamadas y postales navideñas a través de empresas de mensajería. Y después llamadas con Dúnia y conmigo. Y después solo conmigo mientras los demás se dedicaban a sus respectivas empresas o subían historias a redes poniendo morritos.

A mí me daba igual quedarme sola hablando con mi abuela, porque ese ratito hacía que me olvidara de todos los comentarios que me habían ido haciendo durante la noche.

El problema es que nadie va a descolgar el teléfono esta Navidad.

Adelaide Schneider ha muerto.

Y lo único que me queda de ella son tres cosas:

La primera: la convicción de que cualquier persona puede llegar a amar la Navidad, si se dan las condiciones adecuadas.

La segunda: la carta que tengo entre los dedos mientras me sorbo lágrimas.

La tercera: la voluntad de heredar su sentido del humor.

Querida Ivette:

Si tienes este papel entre las manos, es porque una parte de mí, la tangible, ya lleva el pijama de ceniza y está dentro de un bonito y obscenamente caro jarrón; la otra está jugando a las cartas con el bueno de tu abuelo –y debes saber que Luc era malísimo, así que probablemente le esté dando una soberana paliza. ¡Punto para las chicas Schneider!–. Pero todo esto implica que me ponga seria por una vez en mi vida.

Bueno, «en mi vida» no. Yo ya estoy muerta. ¡Ja!

Lo siento, ya sabes que no hay quien me pare con las bromas.

Aunque tampoco es que pueda moverme mucho en este estado… ¡Ja, otra vez!

Ahora en serio, conociéndote, estoy segura de que estarás poniéndote perdida de mocos y lágrimas. Odias las despedidas tanto como las odiaba yo, solo que yo las digería con una copita y bailando, incluso cuando mis pies ya no le seguían el ritmo a mi alma. Tú lo haces empapándote las mejillas. Pero no debes estar triste. He tenido un viaje vital maravilloso, y tú tienes gran parte de culpa, por lo que me voy feliz, satisfecha y con los deberes hechos.

«¿Qué deberes, Oma?», te preguntarás.

Podría ponerme poética y hablarte de haber forjado las llaves de tu nueva realidad o haber construido la puerta hacia tu libertad, pero prefiero serte clara: dejo el Blumenkaffee en tus manos, Ivette. Sé que no hay nadie mejor que tú en este mundo para reabrir aquella vieja cafetería que hace tantos años cerré para cuidaros.

También soy consciente de que lo tienes todo en España. Pero, si me dejas darte el último de todos los consejos que te daré: la vida está donde te sientes viva. Y tal vez sea hora de que te preguntes si allí, rodeada de prejuicios, sombras y esclavos de pantallas, lo eres de verdad.

Si la respuesta es sí, habla con el asesor, cuyo número te

dejo en las instrucciones, para que traspase el negocio a alguien que no seas tú. Pero si es no, vuela hacia Blumenfluss sin dar explicaciones ni mirar atrás.

Me despido ya, pero no quiero poner el punto final sin antes recordarte, Ivette, que mereces ser feliz.

Ich liebe dich,

Oma Adelaide

Y justo aquí, en este instante y con ese punto final, da comienzo mi historia.



–¿Me estáis escuchando?

Asienten con la cabeza, pero es evidente que no. Mi padre lee *El Economista.* Está embelesado con la noticia de no sé qué ERE de no sé qué empresa. Sonríe malévolo, como si fuese un notición que cientos de personas perdieran el trabajo. Mi madre, por su parte, desliza sus uñas recién estrenadas por su también nuevo iPad. Está jugando al *Candy Crush*, lo que evidentemente es más importante que atender a su hija. Mi hermana no está, tenía una sesión de fotos a primera hora de la mañana.

–Creo que antes de irme haré pis en el felpudo. ¿Os parece bien?

–Si eso te hace feliz –dice mi padre.

Continúa sonriendo, ahora más aún, al ERE se le debe haber sumado la noticia de que a los trabajadores no se les pagarán las horas extra. Mi madre saca la lengua concentrada.

–¡Por favor! ¿Podéis prestarme atención solo durante un segundo? Estoy segura de que la desgracia de esos trabajadores y los malditos caramelitos pueden esperar.

Mi grito los saca de su mundo de ricos desdeñosos.

–¡Que me voy a Alemania!

Mis padres se miran. «Primera noticia», indican sus ojos. Aunque, honestamente, tampoco parecen sorprendidos.

–¿Y tu trabajo? –pregunta mi padre.

Al fin una pregunta coherente.

–Lo he dejado –respondo con firmeza–. Les he dicho que tenía un proyecto personal.

–Entonces, ¿necesitas dinero?

Papá siempre en su línea.

–Dios mío… No, no os lo digo por eso. Con lo que me ha dejado la abuela tengo más que suficiente. Además, con todas las vacaciones y horas extra que tenía acumuladas me llevo un buen finiquito.

Me ahorro explicar de nuevo que voy a regentar un negocio y que me espera un edificio en propiedad por el que me pagarán los inquilinos, y aun así siento que les estoy dando explicaciones de más –justo lo que mi abuela me dijo que no hiciera– porque, para sorpresa de nadie, ya están pasando de mí otra vez. Sin embargo, mientras mi madre vuelve a deslizar el dedo por la pantalla, dice:

–Bien. Ese trabajo era terrible. Escribir no da de comer. –Me mira–. Aunque tampoco es que tú necesites…

Enarco una ceja y la freno antes de que diga algo censurable:

–Era jefa de redacción, mamá. De todos modos, te sorprendería saber que más escritoras de las que crees se ganan el pan con sus libros en este país. No es imposible.

Hace un ademán.

–Como tú digas, querida.

–Vale, bueno. Me voy mañana.

Una última mirada que reza que no saben qué es tan importante. Luego, mi padre mira su reloj y dice:

–Yo ahora. Mi vuelo a los Emiratos sale en dos horas.

–Si vas en coche al aeródromo, llévate el BMW. Quiero llevarme el Mercedes a Ibiza este fin de semana.

Ah, claro. Había olvidado que para ellos viajar es como poner un lavavajillas.

Excepto porque ellos no ponen jamás un lavavajillas.

–Genial, bueno... Adiós –entono encogiéndome de hombros.

Pero mi padre ya ha salido por la puerta, y mi madre está en pleno *sugar rush*.

Capítulo 1
Ivette

Aeropuerto de Palma, España

–¡Vamos, Croqueta! –susurro mientras deslizo a mi perra y su jersey rosa navideño por el aeropuerto.

Pero es en vano. Mi *terrier* tibetano ha decidido que quiere hacer caca. Aquí. Ahora. Lo sé porque ha hecho su señal inequívoca: ponerse sobre sus patas traseras y arañar lo que tiene más a mano. En este caso, la maleta de un piloto guapísimo y repeinado. Un hombre de revista.

–Lo siento muchísimo, está en la edad del pavo –añado.

«¿En la edad del pavo, Ivette? ¿En serio?».

–Es preciosa –dice únicamente e ignora mi comentario. Acto seguido va a acariciarla.

Pero justo un instante antes de que el piloto lo consiga, la perra decide que ha encontrado el mejor sitio del aeropuerto de Palma para convertirlo en su baño personal. Así que se gira, le da la espalda al único hombre que ha interactuado conmigo en eones y se tira un pedo.

–¡Dios mío, Croqueta!

Mi cara se tiñe de rojo bochorno absoluto. Mi Pantone particular.

Cuando voy a alzar la cabeza para disculparme de nuevo con él, sin embargo, ya no está. Lógico. Aun así, las bolitas de mi perra ya decoran el suelo, de modo que me agacho y empiezo a recogerlas con una bolsa de colorines.

Y ella me mira, me lame la cara y menea el rabito agradecida.

–Te quiero, pero has espantado a Míster Mundo y eso no te lo pienso perdonar.

Croqueta ladra, como si quisiera decir «No era para ti».

Niego con la cabeza, sonrío y llevo a mi perra adolescente hasta la puerta de embarque en brazos.

La historia de mi vida.



Blumenfluss, Alemania

It was the end of a decade… but the start of an age.

Cuando acomodo a Croqueta dentro del taxi que me llevará a mi nuevo hogar, está sonando *Long Live*, y siento que Taylor me está cantando directamente a mí.

Prometo que no siempre soy tan egocéntrica, pero acabo de entrar en mi *Main Character Era*, y quiero darme el gusto de sentirme así por una vez. Se acabó ser la secundaria de vidas ajenas, aunque solo sea durante este viaje en taxi.

Miro por la ventanilla y canturreo en mi cabeza mientras observo el pueblo que me da la bienvenida con ilusión. Si Blumenfluss fuese más conocido, estoy segura de que saldría en todos esos *reels* que están ahora tan de moda: «pueblos de Alemania que no puedes perderte». Así sería, si se basara en lo que veo yo según el taxi se adentra...

Primera transición: una calle adoquinada. Casitas de colores con flores de Pascua en las ventanas. Árboles llenos de lucecitas de Navidad. Bajo un poquito la ventanilla y oigo cómo suena Mariah Carey por los altavoces.

It's time…

Segunda transición: tenderos montando escaparates estacionales. ¿Es eso una librería? Dios mío, ¡tengo que visitarla! Están poniendo comedias románticas navideñas sobre la falsa nieve.

Tercera transición: un joven que pasea más perros de los

que puede gestionar sonríe tímido a una chica sentada en un banco con un café cuyo vaso tiene motivos navideños. Probablemente un *pumpkin spice latte* –qué sed–. Cuando va a entablar conversación, los *husky* que lideran su manada tiran para ir a saludar a un gato con jersey navideño. El chico se disculpa mientras se aleja arrastrado por ellos entre risas. Probablemente se besen bajo el muérdago esta Navidad... Ojalá lo hagan.

Cuarta transición: nieva. Paneo hacia el cielo.

Tras la cámara, sonrío. Croqueta mueve la cola compulsivamente mientras mira por la ventanilla sobre sus patas traseras.

–Sí, creo que pertenezco a este lugar. Soy la elegida, Croqueta.

–¿Cómo dice, señorita?

Miro al taxista. Había olvidado por completo que estaba aquí.

❄ ❄ ❄

Cuando éramos pequeñas, mi abuela siempre nos contaba que tenía en Alemania un pequeño edificio, nada ostentoso, que un día, cuando fuéramos mayores, sería para nosotras.

No mintió. O, al menos, no del todo. Es donde vivo yo ahora.

Delante hay una pequeña plaza. Está rodeada por varios comercios y dos o tres bloques como el mío, que no es más grande que dos casas adosadas de las que hay en España, pero es coqueto: con ladrillos blancos, ventanales victorianos y un tejado a dos aguas de color teja. En su interior hay dos apartamentos. Ambos están situados en una primera planta, supongo que para evitar estar a pie de calle, y constan de dos habitaciones, un baño completo, una pequeña cocina y un acogedor salón-comedor con chimenea.

Uno de ellos es mío, pero el otro, el que está más allá del patio interior, lo tengo alquilado, así que no puedo comprobar cómo es. Es un alivio que Dúnia renunciara a esta parte de la herencia porque, de lo contrario, tendría que compartir casa con ella de nuevo, y mientras éramos pequeñas no me importaba, pero ahora que está conectada las veinticuatro horas al teléfono no me hace demasiada ilusión. Con mi talento, sería inevitable acabar en el rincón de alguna foto de su Instagram con ojos de mapache sin maquillar, un moño despeinado y una camiseta vieja donde mis pechos dieran rienda suelta a algún baile «tetístico».

Así que sí: me alegro de que Dúnia prefiriera la cantidad obscena de dinero que había como alternativa antes que su parte de la cafetería y el edificio, porque para ella es más cómodo continuar viviendo entre su casoplón rural de Mallorca y su ático de vértigo en Barcelona, aunque ahora tenga que gestionar yo todo esto y tenga que tocar a la puerta de un completo extraño para presentarme, lidiar con sus averías y ponerle buena cara cuando me cruce con él por las mañanas. Algo que podría hacer hoy, porque veo luz en su ventana cuando llego, pero que me permitiré hacer mañana. Demasiadas primeras veces por un día.

Entro en el edificio, enciendo las luces del recibidor, subo la escalera arrastrando mi maleta y atravieso la puerta. A través de la que tengo al lado me llega el rumor lejano de una sartén friendo y el murmullo de un televisor.

Cuando entro en mi nuevo hogar, Croqueta corre al sofá blanco de dos plazas en medio de la estancia y se zambulle debajo de las mantas *granny square.* Yo sonrío, me descalzo, me quito el sujetador y entro en la cocina para prepararme un un sándwich con cuatro ingredientes rápidos de una tienda que había abierta.

Un cuarto de hora más tarde, ya con el sándwich entre las manos, me siento en el sofá para acurrucarme con Croqueta y pongo la televisión. Es pequeñita, pero más

que suficiente para ver *Los Bridgerton* y recordarme que las mujeres gordas también tenemos derecho a existir sin pedir permiso.

Cuando termina el episodio, me pongo los auriculares, cojo el Kindle que he traído y doy buena cuenta del capítulo que estaba leyendo. En él, el destino quiere que una chica risueña y soñadora conozca a un chico esquivo y solitario en un viaje inesperado. Y desde el primer capítulo todo apunta a que va a ser una historia de amor de las que dejan huella, emocionan y se quedan grabadas en lo más profundo del corazón.

Mientras leo, no puedo evitar pensar que la actitud de la protagonista torpona y alegre me resulta familiar. Eso, y que llevo soñando con enamorarme y vivir una historia así desde que soy adolescente.

Algo que probablemente no pase jamás.

Capítulo 2
Ivette

Me ilusionan las pequeñas cosas. Un café con un dibujo sobre la espuma, un cojín bien mullido, el olor a libro nuevo. O a libro antiguo. En realidad, el olor a libro, en general. No me importa la edad que tengan sus páginas; si por mí fuera, las buenas historias no morirían jamás.

Quizá por eso no puedo dejar de sonreír cuando llego a la calle del Blumenkaffee, la pequeña cafetería que mi abuela me ha dejado en herencia, la mañana siguiente.

Está situada en un pequeño y pintoresco callejón que parece sacado de *La bella y la bestia*. Adoquinado, con casas independientes de ladrillos de colores y flores en las repisas de todas las ventanas. Como en las calles que vi al llegar, las flores de Pascua se llevan todo el protagonismo. Hay una pequeña mercería frente a la cafetería que tiene las repisas repletas. Y no solo eso: cuando paso por delante, veo cómo la señora mayor que la regenta está colocando entre maceta y maceta una cantidad de luces led que podría competir con Times Square en Navidad. Hay quien lo llamaría contaminación lumínica, yo lo llamo arte.

Papá Noel estaría orgulloso.

No tanto de mi cafetería, me temo.

El Blumenkaffee ha vivido tiempos mejores: las cristaleras están llenas de suciedad no identificada, y cuando me asomo solo avisto viejas mesas y sillas de latón apiladas y con óxido. Tras ellas, hay una pequeña barra de madera que pide a gritos un barnizado. Pero tiene potencial. Es un lugar acogedor, bonito.

–Quiero abrirlo pasado mañana –digo en voz alta, como si alguien me hubiera preguntado, y miro a Croqueta.

Ella me observa de medio lado, como si supiera que es una idea nefasta. Hoy es sábado y el sol está a punto de esconderse, llevo todo el día intentando adaptarme al apartamento y no he recordado que aquí anochece antes hasta que me ha dado por salir a ver la cafetería.

Pero no quiero perder ni un segundo, así que entro tosiendo en el polvoriento local. Necesito saber cuántas toneladas de lejía y pintura van a hacerme falta antes de que cierre la tienda de bricolaje que vi ayer al entrar en el pueblo.



Son las cinco de la tarde del día siguiente cuando coloco la última planta que irá en la terraza. Se nota a kilómetros que es de plástico, pero le da un toque de color y es lo único que conseguí encontrar ayer. Estos días, cuando la floristería que tengo al lado abra, haré un encargo que mi bolsillo de autónoma recién estrenada no podrá sostener. Y quedarán preciosas.

Mi perra está tumbada en la puerta, así que tengo que pasar por encima de ella cuando entro de nuevo a ver si la pintura ya está seca.

–¡Dios!

Croqueta estornuda y se marcha. El olor me da un batacazo en las narices y decido abrir todas las ventanas. Aun así, la sonrisa no se me borra ni con la intoxicación química que probablemente esté desarrollando en este momento.

Mi abuela estaría orgullosa.

No de la intoxicación, claro. Del Blumenkaffee. He tirado bolsas y bolsas de polvo, he limpiado a fondo todos los electrodomésticos y le he dado una capa preciosa de pintura a la barra, las mesas y las sillas. También he colocado algunos libros antiguos que mi abuela dejó en el almacén en una vieja estantería, y he dispuesto algunas mantas

sobre los butacones que hay en las esquinas. Ahora, lo que ayer era un cúmulo de polvo y óxido, es un acogedor punto de encuentro en tonos blancos, beis y marrones. Un coqueto lugar *animal friendly*, por cierto. Pienso que estoy deseando que Croqueta haga algún amigo peludo cuando, unas horas más tarde, cierro las ventanas y me dispongo a marcharme.

–Creo que es hora de volver a casa, pequeña. Tenemos que descansar para mañana.

Croqueta bosteza, se levanta y se sacude para desperezarse antes de poner rumbo hacia nuestro nuevo hogar.

Capítulo 3
Ivette

Después de desayunar a toda prisa y de pie en la cocina, corro al baño y me lavo los dientes a una velocidad supersónica. No oigo ruido en el piso de al lado, así que asumo que quien sea que viva allí ya habrá salido a trabajar y no le molestará el ruido.

Y si lo hace… me disculparé luego, cuando me presente, porque de hoy no pasa. Sé que debería haber ido antes y que probablemente en algún momento me haya oído, lo que, con total seguridad, me deja como una vecina nefasta, pero los únicos momentos en los que me habría podido acercar llevaba manchas de pintura hasta en las pestañas y el pelo más sucio que una escoba en la playa.

Pero de momento llego tarde. Y es mi primer día. El primer día del resto de mi vida.

Vale, eso ha sido un poco cursi. Pero lo digo convencida, no como frase cliché. Por primera vez siento que tengo las riendas de mi futuro, que mi familia no va a poner en duda si soy capaz, que hay un espacio que depende única y exclusivamente de mí y que puedo hacer lo que quiera con él.

Véase: servir cafés.

Abro la puerta y oigo el tintineo de la vieja campanilla que no quise quitar. Por suerte, ya no huele tanto como ayer a pintura, pero eso no me disuade de abrir de nuevo un ratito. Estamos a finales de otoño y en Alemania hace un frío que pela, pero el sol se cuela por las ventanas y estoy segura de que habrá quien valore romantizar su desayuno con esta luz.



No es así ni por asomo.

Estoy apoyada en la barra, deslizando con desgana un trapo y ya he perdido la cuenta de las veces que he suspirado. Aún no ha entrado nadie. Y eso que hace horas que la calefacción está puesta y se está mejor aquí que debajo del edredón.

A mí, al menos, me encanta estar debajo del edredón, y no confío en la gente que se despierta a la primera, se despereza, lanza las mantas por los aires como si no conociera las legañas y fuera a comerse el mundo cuando aún no ha salido ni el sol.

Mi abuela me contó una vez que los alemanes, ella incluida, son cuadriculados. Que se toman el café siempre a la misma hora, en el mismo sitio y leyendo el mismo periódico –a lo que yo le respondía que estaba segura de que algunos alemanes, ahora, leían las noticias en sus *smartphones*–. Ella hacía un ademán y lo negaba, y luego yo la llamaba prejuiciosa.

Ahora veo que quizá tenía un poco de razón. El choque cultural, supongo.

Tampoco puedo ir a comprar las flores, porque mi vecino de negocio lleva desde el sábado sin abrir. Supongo que estará de vacaciones. O será francés, que puestos a tirar de prejuicios, mi abuela decía que no trabajaban nunca porque vivían por y para el deseo y el disfrute de la vida. Decía que lo sabía de primera mano porque salió con un francés.

Sin embargo, cuando estoy a punto de perder toda esperanza y, tras encoger los hombros para transmitirle a Croqueta que es lo que hay, me giro para hacerme un té caliente y la campanilla de la puerta tintinea. Doy un brinco.

–¡Bienvenida al Blumenkaffee! –grito emocionada con

mi mejor alemán. Tal vez lo hago un poquito más alto de lo que debería–. De momento solo servimos cafés, pero a partir de mañana tendré cada día una gran variedad de bollos riquísimos, y…

«Cállate, Ivette, estás hablando demasiado», me digo antes de quedarme callada.

La mujer que entra tampoco responde. Es una señora de unos setenta años, de aspecto metalero y con el pelo lila. Aprieta los labios, escruta el local y frunce el ceño mientras su perra, una *westie* blanca con un vestido perruno que pretende simular una chupa de cuero y el pelaje como si hubiera metido los dedos en el enchufe, lo olfatea todo, casi como su dueña. Está juzgándolo, lo sé. Es posible que también me juzgue a mí a continuación.

Trago saliva y me preparo para lo que pueda venir, pero tras unos segundos, la septuagenaria me mira, se quita unas gafas de sol muy muy grandes, achina la mirada y, tras abrir muchísimo la boca para sonreír, exclama:

–¡Buen trabajo, Ivette! ¡Pensaba que nadie volvería a dar vida a este viejo local ahora que esa vieja arpía nos ha dejado!

Respiraría tranquila, pero me quedo de piedra. En primer lugar, esta señora conoce mi nombre. Y en segundo…

–Perdone, ¿acaba de llamar «vieja arpía» a mi abuela?

Se ríe a carcajadas, se sienta en un taburete y luego, mucho más seria, me dice:

–Era mi mejor amiga. La he llamado cosas mucho peores que esa. Y ella a mí también. ¿Sabes que solía llamarme Zorra Mística? Por mi pelo de colores. Lo que yo creo es que esa aburrida me tenía envidia, toda la vida con el mismo rubio oxigenado... ¿No se cansaba?

Antes de continuar hablando, se pone de nuevo las gafas de sol. Cuando veo cómo una lágrima le recorre la cara, entiendo que dice la verdad. Esta señora adoraba a mi abuela.

Ya con un café con leche descafeinado de máquina en mano, la Zorra Mística, que resulta llamarse Helga Müller, me cuenta toda clase de batallitas con Adelaide. Para algunas necesito frenarla, porque esta señora está dispuesta a darme mucha más información de la que necesito. De verdad, no quiero saber los escarceos sexuales de mi abuela; especialmente si implican látigos y mallas de cuero.

También me cuenta que vino a Blumenfluss porque era la última voluntad de su difunto esposo, un hombre muy bueno que se fue demasiado pronto; que está viviendo un despertar espiritual y se ha creado un perfil en Tinder hace unas semanas; que se pasa las mañanas paseando; que pertenece a un club llamado Calceteras Intensas y que su perrita, que lleva media hora oliéndose el pompis con Croqueta, se llama Maiden.

«Por Iron Maiden, no porque sea una dama», ha matizado.

Un rato después me propone que mañana traerá a todo su club de calceta y a su ligue actual –que aunque cree que va a ser un rollo es una señora la mar de maja– y se marcha.

Y yo la creo, sonrío y me doy cuenta de que se ha ido sin pagar.

–¿Croqueta? –Mi perra me mira–. Espero que esas chuches que me ha preguntado si podía darte valgan por lo menos el precio de dos cafés.

Capítulo 4
Ulises

Si hay algo que echo de menos de España, es la sanidad pública. Aquí utilizan el modelo Bismarck, que es algo así como un híbrido entre la pública y la privada. Y si crees que con un sueldo de florista puedo permitirme un buen seguro, déjame decirte que te equivocas.

No he podido abrir la floristería en tres días por una alergia al pelo de caballo.

Y no, joder, en mi floristería no entran caballos.

Pero, por lo visto, la tipa que entró el viernes a encargar las flores de su boda es amazona. Y tuvo la deferencia de dejar pelos por todo el mostrador.

«Bueno, Ulises, no te calientes», dice una voz en mi interior.

Pero sí me caliento. Vender flores no es fácil. Todo el mundo lo tiene romantizado porque los contextos en los que se regalan son románticos e idílicos y una cursilada tremenda. Pero ser florista es, probablemente, el trabajo más complicado que me haya podido echar a la cara.

En los últimos tres días, dos bodas han cancelado los centros de mesa que había empezado a preparar, la madre de una novia ha decidido que no le va a regalar el ramo de lirios porque no es una hija agradecida y un pretendiente adolescente bastante tarugo me ha preguntado si podía devolver el ramo con el que iba a declararse porque su novia le ha dicho que no. O su ex. O lo que demonios sea.

Lamentaría el lenguaje, pero estoy bastante hasta las pelotas. Cualquiera que leyera la conversación de WhatsApp lo comprendería.

Ulises
No, no se aceptan devoluciones.

Chaval romántico
Pero necesito la pasta para intentar llevarla a cenar.

Ulises
Cuánto lo siento...

Chaval romántico
¿Sí? ¿Me devolverás el dinero?

Ulises
No.

Chaval romántico
¿Y qué hago?

Ulises
Puedes probar a pedir monedas en la puerta de la iglesia.
He oído que los domingos dan buenas propinas.

Y así cada semana.

Pero no todo es malo. Blumenfluss es altamente turístico, y diariamente me compran flores una barbaridad de personas porque, al parecer, el mejor momento para regalar un ramo desproporcionado es cuando no te lo vas a poder llevar de vuelta a tu país.

–Pero ¿sabe que se le...? –pregunto cada vez.

–Sí, sí. No hay problema. En unas horas las tiraremos. Solo queremos hacer un par de fotos para Instagram. Ya sabe, para entonar mejor con el pueblo y demás. *Aesthetic*, ja, ja, ja.

Más allá del tic en el ojo que me genera saber que mi trabajo va a acabar irremediablemente en la basura horas más tarde, no respondo. Tiro de aceptación, les cobro unos euros de más por imbéciles y dejo que se vayan con sus palos selfi y sus ilusiones efímeras a otra parte. Y entonces, cuando cierran la puerta, blasfemo mientras sigo trabajando en el pedido del siguiente imbécil.

El problema es que hoy casi no hay imbéciles. Compruebo la puerta de la entrada, veo que tengo el cartel de abierto puesto por el lado que toca y frunzo el ceño. No lo entiendo. A esta hora deberían haber venido, como mínimo, cinco parejas. De lo contrario, no podré pagar el alquiler.

Comprendo qué está pasando en cuanto pongo un pie en la calle.

–¿Qué narices? ¿Esas mesas estaban ahí esta mañana?

«Probablemente, cielo, pero como ibas enfurruñado mirando al suelo no te has dado cuenta», suena de nuevo la voz dentro de mí.

Aclararé que esa voz se parece mucho a la de mi hermana. Empecé a hablar con ella segundos después de que muriera. Aún estaba allí, tumbada en aquella cama de hospital justo delante de mí, con una sonrisa calmada y los párpados cerrados. Su marido le daba una mano, yo la otra. Y pese a lo fríos que estaban sus dedos, su tacto, de un modo inexplicable, continuaba siendo cálido.

«Vamos, marchaos a cenar. ¿Es que no tenéis casa?». Me imaginé que diría algo así. Seguramente, de haber podido, nos habría empujado hacia la puerta. Alguna vez lo hizo, de hecho. «Ya no», le respondí.

Fue la primera vez.

Aunque es posible que tenga razón, cierro los ojos, suspiro y me la saco de la cabeza para pasar a pensar que ese sitio llevaba siglos cerrado.

Hasta ahora. Aunque su terraza no sea precisamente

enorme, no cabe un alfiler gracias a las mantas y las estufas que la rodean, y el espacio que hasta ahora había en la calzada y mostraba mi floristería ya no está. No existe. Ha muerto. Mi negocio ha pasado a ser parte de la decoración de la nueva empresaria de turno, y eso disuade a la gente de comprar en mi local.

Algo que no pienso consentir.

–Esto no va a quedar así –digo.

Me da igual que nadie me oiga.

Dejo las tijeras de podar en el mostrador, cuelgo un cartel que anuncia que volveré en unos minutos y emprendo el paso para salir a un exterior obscenamente decorado donde lo primero que hago es tropezar con un reno que hay frente a la mercería.

–¡Señora, que aún estamos en noviembre!

Pero a la señora, que lleva un gorro navideño horrendo, le da igual.



Esquivo las mesas de la terraza, doy un empujón a la puerta e intento cerrar con un portazo, pero la cafetería también está a reventar, y el golpe no se oye por encima del murmullo de la gente.

En la barra distingo a Helga, una señora del pueblo –probablemente la culpable de que la mayoría de sus amigas estén aquí–, hablando con una chica que no debe llegar a la treintena. Es rubia, de ojos azules, medirá poco menos de un metro sesenta y tiene unas curvas de vértigo. Si no estuviera hasta las pelotas del día de hoy, hasta diría que es preciosa, pero más allá de haber demostrado ser una vecina comercial pésima, da la sensación de ser un desastre: corre de un lado a otro de la barra, entra en la cocina para sacar hornadas de nuevos *croissants* que no duran ni tres segundos en la bandeja y pone un café

detrás de otro. La mitad se le derraman, y en dos minutos tres personas le han dicho que les falta leche, que les falta azúcar y que les faltan cucharitas.

Esto es un caos.

Y yo no pienso dejar que alguien que no sabe llevar un negocio me joda el mío.

Pero sé lo que estás pensando: que la chica no da abasto y que no tiene tiempo para ponerse a hablar. ¿Honestamente? Me da lo mismo.

Doy un par de zancadas, me coloco al lado de Helga y, después de hacer caso omiso de su perra del demonio, que me ladra, y de otra que no conozco, que me olfatea, decido que esperar a que me atienda es una mala idea. Puedo estar aquí hasta el día del juicio final. De modo que cojo aire y me dispongo a gritar. El portazo no lo habrá escuchado, pero a mí me va a oír:

–¡¡Eh!!

Helga se gira hacia mí con cara de pocos amigos, pero la ignoro tanto como la rubia me ignora a mí.

Vuelvo a gritar.

–¿Qué haces, neandertal? –me reprende la señora–. ¿No ves que la muchacha está ocupada?

–No se meta, señora Müller, no tengo el día.

Helga se gira hacia mí y me mira por encima de las gafas de sol.

–¿Cuántas veces te tengo que decir que no me trates de usted, niñato insolente?

–Se llama buena educación.

–¿Y lo dice el mismo que ha entrado dando voces en el local de la recién llegada?

Voy a responder, pero antes de que pueda abrir la boca de nuevo, Maiden está mordiéndome el cordón del zapato.

Resoplo y la levanto con una mano para apartarla de mí. La perra se pone a correr en el aire mientras Helga me echa la bronca.

Y entonces, perra en mano y con muy poca seriedad por mi parte, la rubia se planta delante de mí con su mejor sonrisa mientras se retira el pelo tras las orejas.

«Joder».

–Bienvenido al Blumenkaffee. ¿Puedo ofrecerle un *croissant* y un café con leche? –pregunta agitada mientras los mechones se le escapan.

Ahora es a mí a quien le jode que me traten de usted. Helga suelta una risita cuando ve que me quedo pillado.

Supongo que demasiado tiempo sin tratar con una mujer así me ha dejado fuera de combate, y…

Pero ¿qué digo? Claro que no. Es su acento. No es alemán, es demasiado abierto. Sin embargo, sí parece alemana. Da lo mismo. Sacudo la cabeza, endoso la perra a su dueña y, ya centrado, la miro terminante mientras espeto:

–No.

No me sorprende lo cortada que se queda. He conseguido sonar como quería. Sin embargo, cuando veo cómo me mira, me pregunto si no habré sido demasiado duro.

Pero ya no hay vuelta atrás.

–Así que tú eres la gran empresaria que amenaza con cerrar la floristería.

No me caigo bien ni a mí mismo en este momento. Y no pienso parar.

–¿P… Perdón?

–¡Con qué humos vienen algunos! –dice una Helga indignada–. No le hagas ni caso, Ivette. Este necesita un polvo con urgencia.

–¿Quiere meterse en sus asuntos, vieja bruja?

Ni siquiera le presto atención. Estoy centrado en la respuesta de la rubia.

–Yo… Yo no pretendo cerrar nada. Yo solo… –va a responder en tono lastimero.

–Tu clientela me come el terreno –salto antes de que pueda terminar–. Mi floristería está al lado de tu local, y

estás ocultándola por completo. No he vendido nada en toda la maldita mañana.

–¿La floristería es… suya? –vuelve a boquear.

–¿Algún problema?

Cuando frunzo el ceño, ella niega veloz con la cabeza.

–¡En absoluto! Solo que, cuando ha entrado, no pensaba que usted fuera el dueño.

Ahora es Helga quien la interrumpe:

–A este no le trates de usted, no merece ninguna clase de respeto.

–Tócate los huevos –se me escapa en castellano.

La chica abre la boca y deja de lado el alemán y la conversación que nos ocupa para decir:

–¿Hablas mi idioma?

Decido contraatacar:

–Vaya, no sabía que el español fuese de tu propiedad.

–Quiero decir… Uf. –Baja la mirada y toma aire. Cuando la vuelve a levantar, ha dibujado de nuevo esa sonrisa aparentemente inocente, pero conmigo no va a funcionar–. Lo siento, no me malinterpretes. No esperaba que habláramos el mismo idioma.

Frunzo el ceño.

–Y tampoco esperabas que la floristería fuese mía. –Alzo una ceja–. ¿Puedo preguntar exactamente por qué?

–No –interviene Helga–. ¿Puedes dejar a la chica trabajar?

–No, Helga –se vuelve a meter ella–. Prefiero explicarme. –Luego me mira a mí y, volviendo a nuestro idioma, añade–: No esperaba encontrar a alguien como tú en el negocio de al lado.

–«Alguien como tú». –Me rio sarcástico–. ¿Tanto te cuesta decir «un hombre»?

Veo cómo se queda bloqueada, pero me da lo mismo. No es la primera vez que me enfrento a alguien porque cree que ser florista es un trabajo de mujeres. Antes de que diga nada más, añado:

–Pero, puestos a sincerarnos, yo sí esperaba que alguien como tú llevara este sitio. Estás hecha a medida para él –digo.

Se ve a kilómetros que es la típica ilusa que no sabe hacer la o con un canuto, pero ha romantizado las cafeterías porque está acostumbrada a que le sirvan el *brunch* los domingos a mediodía, cuando se despierta después de las doce. No me extrañaría que, dentro de unos días, esto fuera también una librería y sirvieran cafés con siropes.

Estoy esperando ansioso su respuesta, pero antes de que doña Buena Chica decida una combinación de palabras adecuada para responder, y mientras Helga me echa la bronca, el hombre más oportuno de Alemania aparece tras mi espalda, me da una palmada y, con una sonrisa infinita, dice también en español:

–Bueeeno, querido amigo, creo que va siendo hora de que vuelvas a tu local y riegues un par de *muletas*.

Es Franz. Mi mejor amigo, cuñado y familia en Blumenfluss. Y, ahora mismo, sospecho que también mi próximo dolor de muelas.

–Macetas –le corrijo de morros–. ¿De dónde coño sales, Schröder?

Señala un rincón donde hay un *croissant* a medio comer y un café con leche de tamaño industrial. Con sus marcadas erres y el español que jamás aprendió a hablar bien y que tanto le gustaba a mi hermana, entona:

–Llevo en esa mesa de ahí media hora que, si sabes matemáticas básicas, entenderás que comprende los diez minutos que hace que has entrado. De hecho, te he saludado al cruzar la puerta, pero estabas tan ocupado echando espuma por la boca que ni me has oído. Y como veo que sigues igual, procedo a apartarte de estas dos mujeres tan agradables y meterte en una nevera para que enfríes las ideas y la lengua antes de seguir hablando.

–Da la casualidad de que no me apetece enfriarme –me defiendo.

Pero él, sin perder un solo milímetro de esa gigantesca sonrisa, ríe y agrega:

–Da la casualidad de que no me importa lo que te apetezca. ¡Buenos días, señoritas!

Helga se despide mostrándome los dientes, Maiden sigue ladrando, la perra que no conozco me observa con cautela y la princesa Disney parpadea con la misma mirada perpleja que cuando le he dicho que este sitio estaba hecho a medida para ella.

Solo espero que no se lo crea y se quede, porque no quiero tener que venir a pelearme cada condenada mañana. Pero, de ser necesario, lo haré.

Nadie va a cargarse el negocio de los sueños de mi hermana.